

CAPÍTULO VII

La generosidad.

§ 142. Es difícil establecer una clasificación satisfactoria de los géneros de conducta que se comprenden comúnmente bajo el nombre de generosidad; y lo es, tanto porque mucho de lo que circula con ese nombre no es inspirado realmente por sentimientos generosos, como porque la generosidad propiamente dicha es un sentimiento de naturaleza compleja y de composición variable.

La generosidad es un sentimiento que arranca de dos raíces, una muy antigua y otra muy moderna. Su raíz antigua es el instinto filoprogenético que, según se ve en gran parte del reino animal, conduce al sacrificio propio en beneficio de la descendencia. Esta forma de generosidad coexiste en varios seres con una desestima absoluta del bien de todos los restantes, salvo el de la prole: se observa así claramente en los carnívoros, y menos claramente en los herbívoros. La raíz comparativamente moderna de la generosidad es la simpatía, que revelan en gran escala algunos de los animales superiores, como el perro. El hombre, y sobre todo ciertos tipos elevados de la especie, la manifies-

tan de una manera más extensa y variada. El factor primitivo de la generosidad es personal y estrecho; el más reciente es impersonal y amplio.

En el hombre se combinan los dos generalmente. El amor á los desvalidos, que constituye el elemento esencial del instinto filoprogenético, se asocia casi siempre con un sentimiento de solidaridad: el padre simpatiza con los placeres y las penas del hijo. A la inversa: el sentimiento que inspira á un adulto una acción generosa con respecto á otro, comprende comúnmente un elemento derivado del instinto primitivo. La persona á quien se ayuda aparece vaga ó distintamente como un objeto de compasión, y la compasión es un sentimiento íntimamente relacionado con el paternal, ya que se dirige á un ser relativamente desvalido, un desgraciado, un paciente.

A la naturaleza mixta de ese sentimiento, tal y como ordinariamente se presenta, se debe el carácter confuso de sus manifestaciones en razas de diversos grados de civilización; y á eso mismo hay que atribuir, por tanto, las dificultades que ofrece el llegar á inducciones satisfactorias.

§ 143. Importa notar previamente que el sentimiento de la generosidad, aun en su forma más desenvuelta, es más sencillo que el de justicia: por eso se manifiesta más pronto. El primero debe su origen á la representación mental de los placeres ó dolores ajenos, y se manifiesta en actos inspirados por los sentimientos que esas representaciones excitan. El segundo implica representaciones, no sólo de penas ó placeres, sino también, y principalmente, de las *condiciones* necesarias ó adecuadas para evitar penas ó procurar placeres. Comprende, pues, un juego de acciones intelectuales superpuestas á las que constituyen la generosidad.

Reconocido este hecho, se explica el orden en que ambos sentimientos se suceden en el curso de la civilización. Y más se explica aún ese orden, si recordamos que, en pueblos de inteligencia rudimentaria, la generosidad se deriva á menudo de su incapacidad para representarse claramente las consecuencias de los sacrificios que hacen: son imprevisores.

§ 144. Tratemos ante todo de esa pseudo-generosidad, compuesta principalmente de sentimientos extraños á los benévolos.

El deseo de la ajena felicidad rara vez es puro de toda mezcla: suelen concurrir otros motivos, especialmente la ambición del aplauso. En los casos inferiores de actos debidos aparentemente á la generosidad, esos otros motivos son los estímulos predominantes ó únicos, en vez de móviles subalternos.

Las manifestaciones de la hospitalidad en los pueblos salvajes y bárbaros nos deparan ejemplos elocuentes. A propósito de los beduinos, «tan rapaces como pródigos», y que ejercen la hospitalidad escrupulosamente, dice Palgrave (1):

«El beduino tiene por lo común poco que ofrecer, y no es raro que medite cobrarse con creces ese poco, saqueando á su huésped de una noche apenas se aleja unas cuantas horas de su albergue por la mañana.»

Atkinson (2) afirma asimismo que un jefe kirguís respeta á los viajeros mientras permanecen en su vivienda; pero cuando se ponen en camino, manda tras ellos gente que los roben. De igual suerte, en el Africa oriental, un jefe de Urori (3) «atenderá á sus huéspedes

(1) Palgrave: *Journal through Central and Western Arabia*, I, 37.

(2) Atkinson: *Oriental and Western Siberia*, 1858, pág. 506.

(3) Burton: *Lake Regions of Central Africa*, II, 274.

mientras permanezcan en su aldea, pero los saqueará en cuanto salgan». Más asombrosas son aún las contradicciones que se observan en la conducta de los indígenas de Viti.

«El mismo indigena, que á pocos pasos de su casa asesinaría á un huésped para robarle un cuchillo ó un destal, le defenderá con riesgo de su vida en cuanto pone el pie en sus umbrales.»

Cuán poca relación existe entre la generosidad verdadera y una hospitalidad de esa índole, lo patentiza más la afirmación de Jackson, de que los europeos que han vivido mucho tiempo entre los indígenas de Viti se han hecho hospitalarios: «costumbre que han adoptado á ejemplo de esos salvajes (1)».

Los pueblos no civilizados, de todos los tipos, suelen ejercer una hospitalidad menos traidora, inspirada en usos cuyo origen es difícil comprender.

«La «costumbre» impone á todo aino el ejercicio de la hospitalidad. Reciben á cualquier extraño como me recibieron á mí, dándole lo mejor que tienen, cediéndole el puesto de preferencia, haciéndole regalos, y ofreciéndole, al marcharse, tortas de mijo (2).»

Leemos que en Australia (3) las leyes de la hospitalidad exigen que no se moleste al forastero durante su permanencia. Jackson (4) afirma que, según las prescripciones de la hospitalidad samoana, «á todos los extranjeros se les trata bien en el país, y se les da lo me-

(1) Capt. Wilkes: *United States Exploring Expedition*. Filadelfia, 1844, III, 77.—Jackson, en Erskine, *Journal of a Cruise among the Islands of the Western Pacific*, 1853, pág. 460.

(2) Isabella Bird: *Unbeaten Tracks in Japan*, 1880, página 460.

(3) *Transactions of the Ethnological Society*. London, New Series, III, 246.

(4) Erskine: *Cruise in the Western Pacific*, pág. 415.

«jor». Al decir de Lichtenstein, (1) «los cafres son hospitalarios»; y Winterbottom (2) escribe que «casi todos los viajeros que han vivido mucho tiempo en Africa, hablan de la hospitalidad de los indigenas».

Sobre las tribus que habitan en la América Septentrional dice Morgan (3):

«Uno de los mayores atractivos de la sociedad india era el espíritu hospitalario que la animaba. Quizá ningún pueblo practicó nunca ese principio tan universalmente como los iroqueses.»

También los neo-zelandeses, según Angas (4), son muy hospitalarios con los extranjeros.

Este último pueblo nos revela hasta qué punto es un factor de la generosidad aparente el deseo de aplauso. Los neo-zelandeses, escribe Thomson, admiran mucho la liberalidad y quieren que se los tenga por desprendidos en sus fiestas; y en otro punto añade que «estimaban vergonzoso acumular riquezas, como no fuese para despilfarrarlas». A un sentimiento parecido puede atribuirse el hecho de que los habitantes de la isla de San Agustín (5) sometiesen á juicio á los muertos, declarándolos felices ó desgraciados según su «bondad» ó su «maldad»—entendiéndose por *bondad* el que los amigos del difunto den un gran banquete funerario, y por *maldad* el que los tales amigos sean unos roñosos que no den nada». — Ese afán imperioso de la aprobación ajena suele llevar á veces, con motivo de una defunción

(1) Lichtenstein: *Travels in Southern Africa*, 1812, I, 272.

(2) Winterbottom, *Account of the Africans of Sierra Leona*, 1803, I, 213.

(3) Morgan: *The League of the Iroquois*, 327.

(4) Angas: *Savage Life in Australia and New Zealand*, 1847, II, 22, y Thomson: *History of New Zealand*, I, 191, 198.

(5) Rev. Turner: *Samoa a hundred years ago*, 1884, páginas 292 y 293.

ó de un matrimonio, á gastos tan exorbitantes, que empobrecen para años á la familia; y en alguna ocasión, si no en varias, se mata á las niñas para evitar los dispendios ruinosos que acarrea el matrimonio de una hija.

A estos móviles de la pseudo-generosidad pueden añadirse los que revelan las costumbres de colonos civilizados de remotas comarcas. La llegada de un extraño, en medio de su vida solitaria, es un inmenso alivio de aquella monotonía, y viene á satisfacer el anhelo de trato social. De ahí que no sólo se acoja con alma y vida á los viajeros y cazadores, sino que se les inste á permanecer.

Así, pues, el sentimiento que lleva en muchos casos á acoger hospitalariamente á los visitantes y á agasajar á los amigos es, sin duda alguna, un sentimiento pro-moral. En tales casos entra por poco ó no entra para nada el sentimiento moral propiamente dicho.

§ 145. No obstante, en algunos de los pueblos menos civilizados se observan rasgos de generosidad verdaderamente pura, y aun á veces mayor que en los pueblos civilizados.

Burchell (1) nos dice que los buchmanos ejercen entre sí «las virtudes de la hospitalidad y de la generosidad, y con frecuencia en un grado extraordinario». Añade que los hotentotes son también muy hospitalarios entre sí y aun á menudo con respecto á los miembros de otras tribus; y Kolben (2) cree «que, en munificencia y hospitalidad, quizá superan los hotentotes á todas

(1) Burchell: *Travels in the Interior of Southern Africa*, 1822, II, 54.

(2) Burchell: *Travels in the Interior of Southern Africa*, II, 349, y Kolben: *Present State of the Cape of Good Hope*, 1731, I, 165.

las naciones de la tierra.» En punto á los indígenas del Africa oriental, escribe Livingstone (1):

«Casi todas las tribus del interior que no han tenido mucho roce con europeos ofrecen de comer á los extranjeros con tanto agrado, que se aceptan gustosamente sus ofertas.»

Aunque el ejemplo siguiente, relativo á los habitantes de Loango (2), prueba que el deseo de la alabanza es un estímulo poderoso de las acciones generosas, parece evidente, no obstante, que con ese estímulo concurre un verdadero sentimiento de generosidad:

«Siempre están dispuestos á partir lo poco que tienen con los necesitados. Si han hecho una buena caza ó una buena pesca, si encuentran alguna cosa rara, corren á decirselo á los amigos y vecinos, llevando á cada uno su parte. Se quedarían sin nada antes que dejar de dar esa prueba de amistad. Llamen á los europeos *puños cerrados*, porque no dan nada por nada.»

Otras razas, de diversos grados de desarrollo, ofrecen ejemplos semejantes. Leemos que los indígenas de Australia (3), cuando son afortunados en la caza, nunca reparan en dar una parte á aquellos de los suyos que no han tenido la misma suerte. La pintura que hace Vancouver (4) de los naturales de las islas Sandwich prueba que antes de que los desmoralizaran los malos tratamientos de los europeos, eran generosos hacia los extranjeros, como la mayoría de los pueblos no civilizados. Dice Vancouver:

(1) Livingstone: *Missionary Travels and Researches*, 601.

(2) Loyart, en Pinkerton: *General Collection of Voyages*, xvi, 565.

(3) *Transactions of the Ethnological Society. London*, N. Series, III, 271.

(4) Cap. Vancouver: *Voyage of Discovery to the North Pacific Ocean*, 1798, III, 21.

«La acogida que aquí (en Hawai) nos dispensaron esos pueblos incultos, generalmente conocidos con la denominación de salvajes, fué de tal naturaleza que, á mi juicio, pocas veces se encontrará su igual en las naciones más civilizadas de Europa.»

Brett (1) nos describe las tribus de la Guayana como «apasionadamente amantes de sus hijos, hospitalarias para todos, y generosas hasta el exceso en sus relaciones interiores». Pueden reforzarse estos ejemplos con otro de un país apartado. Bogle (2) estuvo en el Tibet con los parientes del Lama que le trataron de una manera muy bondadosa. Cuando él quiso ofrecerles regalos, se negaron á aceptar diciendo: «Venís de una tierra lejana; á nosotros nos corresponde haceros grata la estancia aquí. ¿Por qué habéis de darnos regalos?»

§ 146. Varias razas no civilizadas demuestran su generosidad de una manera distinta, y que revela ese sentimiento más claramente desligado de todo otro. La raza tan inferior de los australianos suministra ejemplos. A todas horas querían indicar á Mr. Eyre los sitios en que podría encontrar agua, y, aun sin pedirselo, ayudaban á sus hombres á cavar con ese objeto (3). Su bondad á este propósito es tanto más digna de mención cuanto que ellos mismos luchan con grandes dificultades para abastecerse de agua. Sturt cuenta que se ha visto á un indígena, amigo de los europeos, interponerse, con riesgo personal, en defensa de viajeros á quienes estaba á punto de atacar una tribu hostil.

(1) Rev. Brett: *The Indian Tribes of Guiana*, 1868, página 276.

(2) Bogle: *Mission to Thibet*, 1876, pág. 110.

(3) Eyre: *Journal of Expeditions of Discovery into Central Australia*, 1845, I, 278, y cap. Sturt: *Expeditions into Southern Australia*, 1833, II, 105.

Lo mismo pasó con un pueblo vecino, con el de Tasmania (1): en época de disturbios, las mujeres indígenas salvaron la vida á los blancos varias veces, «escapándose de sus tribus para darles aviso de los ataques que se proyectaban». Los naturales de las islas Tonga manifiestan también, bajo una forma distinta, gran generosidad de sentimientos.

«Jamás se alaban, según Mariner (2), de ninguna de las proezas que ejecutan, sino que, al revés, aprovechan todas las ocasiones que se les ofrecen para elogiar á sus adversarios; y cualquiera de ellos lo hará así, aunque su adversario sea un cobarde: alegará entonces en su abono alguna disculpa, cómo lo desfavorable de las circunstancias, su gran cansancio, su mala salud, las dificultades del terreno en que se movía.»

Esos y tantos hechos parecidos evidencian que engaña mucho el nombre de «salvajes», aplicado á gentes no civilizadas, é inducen á pensar que el nombre podría aplicarse con mucha más exactitud á varios de nosotros y de nuestros vecinos europeos.

§ 147. Como se ve, la generosidad, ora bajo la forma de hospitalidad impuesta por la costumbre—en cuyo caso tiene mucho de fingida — ora bajo formas en que aparece más sincera, se halla muy extendida entre pueblos que no han pasado de las primeras fases de cultura. No es, pues, sorprendente encontrar expresiones de sentimientos generosos y exhortaciones á ejecutar actos generosos en las literaturas primitivas de las razas que se han elevado á fases superiores. He aquí un pasaje del *Rig Veda* en que aparece el móvil interesado de la generosidad (3):

(2) Meredith: *My Home in Tasmania*, I, 201.

(3) Mariner: *Account of the Tonga Islands*, 1818, I, 228.

(4) *Rig Veda*, x, 2, 5, etc.

«Los que hacen larguezas habitan alto en el cielo; los que dan caballos viven en el sol; los que dan oro gozan de la inmortalidad; los que dan ropa tienen larga vida.»

De igual modo se ensalza la liberalidad para con los sacerdotes en el *Rig Veda*, x, 107:

«Miro como el rey de los hombres al que primero ofrece un presente... El sabio hace una largueza, dando su peto. Los hombres bienhechores no mueren ni sufren calamidades, no experimentan daños ni penas. Su liberalidad les confiere todo este mundo y el cielo.»

En el *Código de Manú* se lee que hay que recibir y tratar bien á los extranjeros. El huésped ha de comer antes que el dueño de la casa (III, 105): «El honrar á un huésped da riqueza y reputación, da la vida y el cielo» (III, 106; IV, 29), y limpia de culpas (III, 98). Apastamba recomienda la hospitalidad por motivos análogos (1).

El que acoge á un huésped obtiene por recompensa su «exención de toda desgracia y la bienaventuranza celestial» (II, 3, 6). «El que recibe un huésped por una noche alcanza la felicidad terrena; una segunda noche le abre las esferas medias; una tercera le procura la bienaventuranza celestial; una cuarta le eleva al mundo de la felicidad insuperable; varias noches le conquistan mundos infinitos» (II, 3, 7, 16).

La literatura persa contiene pensamientos similares. Dice el *Shayast* (2) que la vestidura del alma en el otro mundo está hecha «de limosnas». Ciertos pasajes del *Gulistan* ordenan la liberalidad y condenan el ascetismo:

(1) Bühler: *Sacred Laws of the Aryas*. Oxford, 114, 119.

(2) West: *Pahlavi Texts* (Max Müller's *Sacred Books of the East*, vol. V), XII, 341; *Sadi*, VIII, 60, 2.

«El hombre generoso que come y da es mejor que el devoto que ayuna y atesora. El que renuncia al lujo por ganar el aplauso de los hombres, cae de un placer lícito en un placer ilícito.»

Y en la misma obra se ve una exhortación más positiva á la generosidad, pero mezclada aún con un móvil interesado:

«Haz bien, sin decirlo nunca, y ten por seguro que hallarás tu recompensa.»

Pasando á China, encontramos en Confucio varios preceptos semejantes y sin mezcla de móviles inferiores. Ejemplos (1):

«El hombre completamente virtuoso, así como procura asegurar su vida, procura asegurar también la ajena; así como desea aumentar su bienestar, trata de aumentar también el ajeno.»

»El Maestro ha dicho: «Aunque un hombre tuviese dotes tan admirables como las del príncipe de Chow, si fuese avaro y orgulloso, todas sus otras prendas no merecerían ninguna estima.»

»Cuando moría cualquiera de sus amigos (los de Confucio), si no tenía parientes que cumpliesen los últimos deberes, él decía siempre: «Yo le enterraré.»

Y no hay que añadir si se encuentran preceptos de esa índole en los libros sagrados de los hebreos, unidos unas veces á promesas de recompensas sobrenaturales, y otras veces sin tales promesas. Pero bueno es notar que, por los pasajes citados, no pueden compararse los caracteres de los indos, persas, chinos ó hebreos, con los que atribuyen á los pueblos no civilizados los testimonios precedentes; porque aquellos pasajes pertenecen á escritos de hombres excepcionales, de sabios y

(1) Confucio: *Analects*, vi, 28; viii, 11; x, 15.

poetas. No obstante, aunque la exageración de las recomendaciones de la generosidad pueda deberse en muchos casos á una reacción violenta contra el imperio del egoísmo, forzoso es admitir que algo significa la posibilidad de tales exageraciones.

§ 148. No es posible seguir con precisión el desarrollo de la generosidad en las diversas etapas de los pueblos europeos. Sabemos que en los tiempos antiguos existían una porción de sentimientos y de usos al tenor de los que existen aún entre los salvajes, es decir, que simulaban la generosidad. Tácito dice de los primitivos germanos (1):

«No hay nación que más se complazca en la hospitalidad. Negarse un hombre á admitir bajo su techo á un ser humano, se considera como una cosa impía.»

Y esos usos y esas ideas no obstaban, como sabemos, para que existiese una falta absoluta de simpatía: implicaban una generosidad de ostentación santificada por las tradiciones.

En la Edad Media y hasta en tiempos comparativamente recientes, aparte esa generosidad aparatosa, ya entonces en declive, apenas se registra más que la generosidad inspirada por la esperanza de conquistar el favor divino. Ese motivo ha venido expresándose en la máxima: «El que da á los pobres presta á Dios» (*Proverbios*, xix, 17), y se supone que Dios pagará buenos intereses. El Cristianismo, aun bajo su forma primitiva, habla de la limosna como de un medio de salvación, y durante siglos de historia cristiana la limosna apenas obedecía á otro motivo. Se erigían capillas para redimir culpas, y se emancipaban esclavos para reconciliarse con Dios. De igual modo, el único motivo que

(1) Tácito: *Germania*, xxi.

tenían los ricos para hacer buenas obras, amén de la ambición de los elogios que les atraían sus larguezas, era un motivo ultraterrestre: el temor del infierno y la esperanza de la gloria. Como dice Mr. Lecky (1): «Las personas daban dinero á los pobres, simple y exclusivamente por su propio bien espiritual, sin pensar ni poco ni mucho en el bien del menesteroso.» Hasta qué punto era extraño á la generosidad propiamente dicha el sentimiento dominante, bien lo delata la descarada y presuntuosa confesión de sir Thomas Brown, que cita Mr. Lecky en este pasaje: «Yo no doy limosna por satisfacer el hambre de mi hermano, sino por cumplir la voluntad y el mandamiento de mi Dios.»

En los tiempos modernos, sin embargo, podemos descubrir una proporción creciente de generosidad verdadera, podemos ver definirse el sentimiento moral á diferencia del pro-moral. Aunque todavía prepondera ese egoísmo trascendente que hace el bien aquí para ganar la felicidad después; aunque todavía existe muchedumbre de individuos que, á ejemplo de sir Thomas Browne, confiesan sin empacho que sus bondades para con otros obedecen á su deseo de agradar á Dios más que al de contribuir al bienestar del prójimo, no obstante hay hombres que hacen beneficios, principal ó exclusivamente, á impulsos de un sentimiento de simpatía hacia aquellos á quienes ayudan. Y amén de las manifestaciones de ese sentimiento de generosidad en los actos privados, no faltan manifestaciones del mismo en los actos públicos, como cuando nuestra nación hizo un sacrificio de veinte millones de libras esterlinas para emancipar á los esclavos de las Indias occidentales.

(1) Lecky: *History of European Morals*. Ed. 1877, II, 93; Brown: *Religio Medici*, 1656, 2.^a parte, § 2.

Casi huelga añadir que ese desarrollo de generosidad pura ha sido consecuencia del incremento de la simpatía, y que la simpatía encontró campo donde desplegarse al llegar los hombres á una vida social ordenada y amistosa.

§ 149. Por razones indicadas al comienzo, es difícil reducir á generalizaciones de un carácter definido las diversas manifestaciones de la pseudo-generosidad y de la generosidad propiamente dicha. Al inconveniente que ofrecen la complejidad y la composición variable de la emoción instigadora de los actos generosos se junta la inconsistencia de los caracteres que presentan los hombres, y sobre todo los tipos inferiores de hombres. Naturalezas desequilibradas estos últimos, obran en los sentidos más opuestos, según el impulso que por el instante domina su conciencia. Angas (1) nos dice que «entre los neo-zelandeses es frecuente el infanticidio». Sin embargo, «los padres aman casi con idolatría á sus hijos». Y mientras Cook los presenta como «implacables con sus enemigos», Thomson afirma que son bondadosos con sus esclavos. Otros ejemplos ofrecen las razas negras. Read dice que en regiones del Africa ecuatorial donde campea el espíritu más traicionero, se ven también pruebas notables de amistad acendrada. Burton escribe sobre los africanos orientales (2):

«Pasada la infancia, padre é hijo se convierten en enemigos como fieras. Sin embargo, son una raza sociable, y á veces la pérdida repentina de un pariente lleva á la hipocondría y á la locura.»

A falta de esas emociones superiores que sirven para

(1) Angas: *Savage Life in Australia*, I, 312.—Cap. Cook, en Hawkesworth: *Account of Voyages*, 1773, III, 47.—Thomson: *History of New Zealand*, I, 149.

(2) Burton: *Lake Regions of Central Africa*, II, 333.

coordinar las inferiores, estas últimas, aisladamente, imprimen á los actos, ya una, ya otra dirección, según las circunstancias del instante. Así, sólo comparando casos extremos, puede esperarse descubrir algunas relaciones significativas de los hechos.

En los testimonios referentes á los más feroces salvajes, á esos canibales de Viti que adoran á dioses canibales — salvajes cuyos títulos de honor son «el devastador» de tal costa, «el despoblador» de tal isla, y autores de atrocidades que Williams (1) «no se atrevía á repetir»,—en esos testimonios, decimos, no se menciona más generosidad que la aparente y de ostentación. Entre los pieles-rojas belicosos de la América Septentrional, los dacotas (2) pueden citarse como los que en más alto grado manifiestan el espíritu agresivo y vengativo á que da pábulo una vida de perpetua lucha—son hombres que entregan á las mujeres los prisioneros, y sobre todo los viejos, para que se entretengan en martirizarlos. — Hablando de ellos, no se cita nunca la generosidad, si no es para advertir su falta: el dacota es interesado, dice Burton: no da nunca, como no sea para recibir más á trueque. De igual suerte, los nagas (3), que están en continua lucha de aldea á aldea ó con las tribus vecinas; que llegan á los mayores extremos en esas sangrientas contiendas; que son temibles como ladrones ó asesinos, y siempre mutilan al enemigo muerto, «no tienen, según se afirma, ni asomos de generosidad, y no darán sin su cuanto las cosas más baladíes».

Los testimonios sobre el caso inverso no suelen ser concluyentes, porque la generosidad atribuida á pueblos

(1) Williams: *Fiji and the Fijians*, I, 55, 133.

(2) Burton: *The City of the Saints*, 124, 125.

(3) Mayor Butler: *Travels in Assam*, 1855, pág. 58.

que no viven en un estado perpetuo de hostilidades, pertenece por lo común al género de la manifestada en la hospitalidad, que puede deberse en parte, sino en todo, á la costumbre ó al deseo de ostentación. Así, Colquhoun (1), que habla de los «hospitalarios aborígenes», y dice que se ensancha el alma al alejarse de los cristianos annamitas para dirigirse á las tribus montañosas menos repulsivas, aunque paganas (los steins que moran en «retiros castigados de fiebres», donde pueden llevar una existencia pacífica), dice que «allí todo extraño está seguro de una buena acogida: se mata el cerdo ó la gallina más gorda, y se le presenta la copa de la amistad». De igual modo, en su obra precedente *A través de Crisa* (2), Mr. Colquhoun, hablando de los pueblos indígenas dispersos entre los conquistadores tártaros, nos los pinta «afables, bondadosos y hospitalarios»; y después cita las impresiones de un misionero francés, que hablaba de los pacíficos naturales como gente «sencilla, hospitalaria, honrada, de buen corazón», mientras que, refiriéndose á los dueños del país, á los chinos, y especialmente á los mandarines militares, declaraba: «être mandarin, c'est être voleur, brigand!» De igual índole es el contraste que señala el abate Favre en su obra sobre las *Tribus salvajes de la península de Malaca* (3). Por una parte, pinta á la raza conquistadora, á los malayos, como raza de inclinaciones rapaces, falsa, trapacera, saqueadora,—«no es posible fiarse de ellos en nada»;—y gente que, lejos de ejercer hospitalidad, no perdona medio de desollar al viajero. Por otra parte, á propósito de los pueblos aborígenes,

(1) Colquhoun: *Among the Shans*, 160.

(2) Idem: *Across Chryse*, 1883, II, 120, 268.

(3) Abate Favre: *Tribus sauvages de la presqu'île de Malacca*, 1865, páginas 97-100, 8, 73, 72, 100-102.

que «huyeron á los parajes seguros del interior donde han seguido viviendo en estado salvaje», nos dice que ventilan sus disputas «sin luchas ni arterías», que son «completamente inofensivos», y «en general, buenos, afables, inclinados á la gratitud y á la beneficencia», «liberales y generosos». Resumiendo el contraste entre unos y otros, añade: «Las acciones de los malayos delatan generalmente sentimientos bajos y sórdidos; los jakuns, al contrario, son altivos y generosos por naturaleza.» «¿A qué es debida una diferencia tan notable?» se pregunta el abate Favre. Y apunta como una causa «los latrocinios y las hazañas sanguinarias» de los piratas malayos en oposición á la tranquila existencia que llevan los jakuns en sus soledades. Añadiré, por último, el caso de los pacíficos y «sencillos arafuras (1)», de quienes dice el residente francés, M. Bik: «Tienen la disculpable ambición de adquirir el título de ricos pagando las deudas de los más pobres de sus conciudadanos... No utilizan sus riquezas más que para nivelar las diferencias de fortuna.»

(1) Kolff: *Voyage of the Dutch Brig «Dourga»*. (Trad. de Earl), 1840, páginas 161-163.

CAPÍTULO VIII

La humanidad.

§ 150. La separación que hacemos entre la materia de este capítulo y la del último es en gran parte artificial, y sólo defendible bajo el punto de vista de la conveniencia. La bondad, la piedad y la clemencia, que agrupamos aquí bajo el epígrafe común de humanidad, se relacionan con la generosidad íntimamente, aunque no se prestan tanto como esta última á ser simuladas por sentimientos inferiores. Todas ellas son sentimientos altruístas, y tienen por raíz común la simpatía. Claro es, pues, que en lo tocante á sus relaciones con otros rasgos de carácter y con el tipo de la vida social, habrá que repetir aquí mucho de lo ya dicho acerca de la generosidad.

Habrà que repetir por el pronto que esos sentimientos humanitarios, en sus formas desenvueltas, nacen principalmente de la representación mental de los dolores ó placeres ajenos, y, por tanto, envuelven á la postre, como envolvían al principio, en gran escala, el sentimiento paternal: el sentimiento que inspira la idea de la relativa incapacidad ó desamparo de otro, el placer